

# **Desde un tren africano**

**Miguel Aranguren**



A Santiago Eguidazu, con el cariño acrisolado por el tiempo.

Era verano y el calor hundía la ciudad en una atosigante duermevela. Por la ventana, abierta de par en par, apenas entraba una brizna de aire. No podía conciliar el sueño. Para entretenerme, comencé a ordenar mi armario. Saqué un cajón y lo esparcí sobre la mesa: viejos papeles, antiguas entradas, billetes de autobús, un atado de cartas... De entre aquella siembra me llamó la atención una libreta de tapas azules. Al contemplarla, sentí un golpe en el corazón. Cientos de músicas y colores se apoderaron de mi memoria. Ya no sentía el calor.

A ojos de cualquiera, aquella libreta no era más que un cuadernillo vulgar, como los que utilizábamos los estudiantes de mi generación. Tan sólo había que detenerse ante su portada para leer, en una mala caligrafía, un título sugerente: <<Diario de Kenia>>, que lo hacía distinto a los miles de millones de cuadernos que pueblan nuestro planeta. Después de tantos años sin reparar en él, aquella libreta significaba la puerta hacia los recuerdos más bonitos de mi vida. La tomé con la delectación de quien se asoma a un tesoro olvidado y me la acerqué a la nariz, por si su aroma pudiese decirme algo de las historias que palpitan en su interior. Cerré los ojos al tiempo que me dejaba atrapar por el mágico olor de la tinta seca, de las páginas algo descompuestas por los años. Después deslicé sus hojas entre mis dedos. De un solo vistazo pude apresar algunos lugares en los que el diario fue escrito, y la tormenta del ayer se hizo aún más intensa, más cercana. Los pliegos habían amarilleado, abarquillándose sus puntas, mas comprendí que la historia que redacté sigue viva a pesar del tiempo transcurrido. Era mi primer diario de viajes. Lo escribí con diecisiete años, durante un verano en África.

Elegí una página al azar y deslicé los ojos por aquellas frases palpitantes que me hicieron rememorar los amaneceres en la sabana, las selvas umbrías, la pobreza desgajada en terrones, la risa franca de mis amigos, la complicidad de Dios con aquella gente... La noche se me fue en un suspiro. Cuando amanecía, dudé si había permanecido en mi habitación durante las horas en las que el diario se apoderó de mí, pues en una extraña bilocación había regresado a la adolescencia y de nuevo volví a pisar suelo africano. Entonces me pregunté si todo lo que acababa de experimentar durante aquella noche no podría llegar a ti, querido lector. Deseé que el espíritu del diario te envolviera, hasta hacerte creer que tú también estás en África y caminas por sus campos y ciudades. Porque aquella aventura que viví en Kenia cuando aún era escolar, no puede volver a esconderse en la libreta, dentro de otro armario, sino saltar de hombre a hombre, de mujer a mujer, con espíritu generoso.

Entonces encendí mi ordenador y pulsé las primeras teclas. Al tiempo que novelaba el contenido del cuaderno, me dejé tragar por la magia de un tiempo en el que conocí el amor y la entrega. Te diré que, como en toda novela, algunas escenas forman parte de la realidad y otras de la recreación imaginativa de este pequeño escritor. De alguna manera, he novelado lo que le ocurrió a Santiago Eguidazu, a quien dedico estas páginas.

El autor

## **Tren de Mombasa a Nairobi, nueve y cuarto de la noche.**

<<...Él me hablaba tantas veces de oración, que me cuesta no ponerme ahora en Tu presencia. Antes de venir a Kenia, cuando me recomendaban rezar, a mi imaginación acudían los bisbiseos de las ancianas, que repiten sin cesar sus jaculatorias. Me resultaba tan poco atractivo... Pero Santiago me animaba a contarte las cosas de cada día, a poner en tu presencia lo bueno y lo malo, los fracasos y los triunfos, mis sueños y frustraciones, así como a examinar, con espíritu constructivo, mi conducta. Y todo para quererte más y querer más a la gente que me rodea.

>>Querer, querer... Decía que ahí está el secreto de nuestra felicidad: empeñarse en querer al tiempo que nos abandonamos en Ti. Ahora me resulta un ideal imposible, sólo apto para personas especiales, auténticos héroes que saben ignorar la marea que mueve al resto del mundo. Y yo también quisiera, pero observo mi corazón y me doy cuenta de que siento un amor desmedido por mí mismo.

>>En el cristal del vagón se refleja mi rostro. ¡Estoy tan cansado! Veo la misma expresión de suficiencia que con vanidad contemplo en los espejos. Y ahora esa expresión me resulta una burla: mi rostro no es más que la suma de carne y hueso, incapaz de decir nada.

>>La luz macilenta del tren y el paso fluido de las lágrimas hacen brillar mis ojos en el cristal, como si estuvieran enfermos. He dormido poco durante estos últimos días. Necesito dormir, pero una torrentera de pensamientos me bloquea la cabeza. De pronto me atrapa un sueño ligero, mas con el traqueteo mi cabeza golpea la ventanilla y vuelvo a despertar. Entonces soy consciente otra vez de todo lo que ha sucedido, y me derrumbo.

>>Santiago insistía en que necesitamos rezar, hablarte, permitirte el paso hasta lo más recóndito de nuestra intimidad, contemplarte en el silencio de la sabana y en el fragor de la gran ciudad, descubrirte en los niños que juegan entre los bananos y en los pobres que se abrazan a sus escudillas de leche, encontrarte en nuestra familia y amigos, compartir contigo la luz opaca de la rutina. Y quiero rezar, pero el corazón se me rebela.

>>Siento contra mi hombro el frío cristal. Escruto la noche. La locomotora serpentea a través de las acacias de Tsavo y confundo sus

sombras con el contorno de los últimos elefantes. La sabana se desliza hacia las tinieblas de los kilómetros recorridos.

>>Sé que debo rezar, pero no me sale una sola palabra. Afuera la vida continúa: tal vez acabe de nacer un impala de patas de alambre o los leones estén acorralando a un viejo ñu... Me pregunto si merece la pena el regalo del alma inmortal, si no sería mejor volver a la nada, como los animales. Porque los animales no son conscientes de su sufrimiento, viven y mueren con una pasividad admirable. ¿Les importa que llueva? No demasiado. Como mucho, la manada de búfalos se apretuja hasta que pase el chaparrón. Sin embargo, yo no tengo fuerzas para soportar la tormenta que ha roto sobre mí... ¡Me está ahogando!

>>Nairobi está muy lejos aún. Todavía no hemos llegado a la medianoche. Nos quedan muchas horas de viaje arañando el pastizal. La luna no se descuelga esta vez sobre la bóveda del cielo, como si también estuviese de luto, y las estrellas tienen un brillo helado, con el que alumbran mi tristeza. Durante semanas me he dejado envenenar por la luz y la música de este continente, y ahora no puedo resistir la oscuridad y el silencio. La de esta noche parece una África distinta, aunque puede que lo que haya cambiado sea mi corazón.

>>¿Qué pretendes exigirme...? Nunca te he dado mucho. Me reservo mi tiempo, mis ocupaciones, no vayas a pedírmelo todo. Y ahora... Ahora callas, como si quisieras que me concentrara en atrapar las imágenes de este vagón al igual que la hormiga que hace acopio de reservas, para después meditarlas en España, lejos, muy lejos, tal vez lejos para siempre de esta tierra de promisión en la que tan fácil me resulta entusiasmarme por las infinitas posibilidades que ofrece estar vivo. Sin embargo..., la muerte nos acompaña: los chicos han colocado unos sacos terreros para que el ataúd no se mueva con los vaivenes de la locomotora. ¿No es una ironía? El comienzo de la vida luchando por acotar al poder de la muerte. De la muerte de un corazón joven.

>>A veces creo que las risas y las canciones han enmudecido. ¿Quién puede cantar cuando el alma viaja rota? Las voces polifónicas de esta África que canta tan bien parecen acompañar al vasto silencio de la sabana, donde los pájaros nocturnos han enmudecido para que sean estas melodías sencillas, repetitivas, las que acaricien la hierba seca, los lomos de un rinoceronte huidizo, la melena hirsuta de un mandril. ¿No los oyes? Desde el otro compartimento llegan risas y golpeteos de tambor. Son los niños, los niños con los que Santi hablaba. ¿Acaso los corazones no viajan rotos...? Su amigo viaja en un cajón de pino sin barnizar, rígido y helado, mas ellos cantan. ¿De qué has compuesto su sangre para que, a pesar de todo, permanezcan serenos y felices?

>>La madrugada anterior al accidente cantábamos con él, ¿recuerdas? Aunque apenas sabía rasgar la guitarra y su voz desafinara casi todas las

notas, a los niños les gusta cantar y hacía lo imposible por atrapar el compás de sus letras, lo que a ellos les despertaba una torrentera de carcajadas.

>>Vuelvo a llorar, Dios mío. Estoy persuadido de que Santi era necesario en África... Y yo también, lo sé. Perdona mis tonterías. Aún me parece un sueño lo que ha sucedido. Hace unas horas caminábamos juntos por el arrecife... Me gustaría tanto parecerme a él... Vivir su misma entrega y morir con su misma paz, seguro de haber cumplido la misión que me encomendaras.

>>Miro la caja y me persuado de que dentro no hay nada. Está su cuerpo, gélido y duro, mas su alma se encuentra desde ayer en el cielo, que debe parecerse mucho a África, una África sin hambre ni guerra, sin enfermedad: un vergel que es el jardín de Tu casa, Señor, donde también me gustaría ser invitado a pasear y a conversar contigo.

>>Qué cosas pienso. Estoy cansado, apenas he dormido, aunque.... ¿no será que ya estoy rezando? Tal vez el secreto consista en esto: hablar y escuchar, sin otra pretensión que conocerte y que me conozcas, aunque sé que nadie me conoce como Tú. Y quisiera contarte tantas cosas, desde el mismo día en el que dio comienzo esta aventura...

...Barajas estaba inundado de pasajeros en aquellos primeros días de agosto. Las pistas de despegue y aterrizaje no daban abasto. Como de la boca de un hormiguero, surgían los autobuses, las camionetas repletas de equipaje, los camiones de combustible, las escalerillas mecánicas y los largos brazos que conectan directamente la terminal con la panza de los aviones. En un corredor sin fin, algunas familias dormitaban a la espera de su enlace, tumbados sobre los sillones de plástico. La gente se arracimaba, con el billete en la mano, ante los tableros de información donde el destino y el horario de los vuelos aparecía y desaparecía como en una burla. Al nuestro le habían colgado un retraso de unas cuantas horas, así que la compañía nos invitó a almorzar en el restaurante del último piso, desde cuyos ventanales contemplamos el retremblar de las pistas bajo el sol inclemente del verano.

-¿Qué pedimos? -preguntó Javier con el menú plastificado en la mano.

-¿Estarán seguras las maletas? -era la mayor preocupación de Chema-. Pensad que las hemos facturado directamente hasta Nairobi, y con este imprevisto es más que seguro que perdamos la conexión en Italia, Arabia o Etiopía.

Con nuestros ahorros de estudiante, no habíamos podido elegir un vuelo directo, sino el trayecto más barato y enrevesado hasta Kenia.

-No te preocupes por las maletas -le sugerí-, y decide qué te apetece comer. Si han tomado rumbo equivocado, a Hawai, por ejemplo, de nada sirve que te angusties. No podremos resolverlo hasta que lleguemos a Nairobi. Vamos, ¿qué quieres pedir?

El camarero resolvió mi duda al servirnos a todos una ensaladilla con mecánica seguridad.

-Ni siquiera nos ha tomado la comanda -se enfurruñó Chema-. Se creará que somos ganado.

Aquel comentario produjo las primeras risas. Los tres éramos compañeros de colegio y hacía meses que nos reuníamos en secreto para que nadie conociera el sugerente destino de nuestras vacaciones. Elegir el corazón de África para aprender inglés contaba con demasiados atractivos, mas Strathmore sólo disponía de tres plazas.

Al fin despegamos, con la sensación de llevar muchas horas de viaje. Chema llamó nuestra atención para que nos fijásemos en el paisaje. Desde el cielo, los pueblos de España se confundían con la tierra en barbecho.

-Desde aquí parece fácil dominar el mundo -dijo Javier.

El avión entró en una corriente de aire caliente.

-Miguel, te sudan las manos.

-Me asusta volar.

-El secreto está en acostumbrarse -Javier despreció mi miedo.

-¿Vuelas mucho?

-A veces acompaño a mi padre en sus viajes de trabajo.

Agradecemos la comodidad del aeropuerto Leonardo da Vinci, con sus pasillos enmoquetados y las luminosas tiendas, repletas de productos que por entonces no se veían en España<sup>1</sup>. Chema Postigo, para evitar más contratiempos, se acercó al mostrador de la compañía con nuestras tarjetas de embarque. Javier se sentó conmigo alrededor de una mesilla en la que jugamos a las cartas. La megafonía anunció una dilación de cuatro horas.

-¡Otro retraso!

Poco a poco, la sala se fue poblando de musulmanes cargados de bultos. Los niños correteaban descalzos entre las mujeres, cubiertas por velos oscuros. Un gordo saudita se sentó a nuestro lado junto a las que creímos serían sus dos esposas. Vestía una chilaba blanca y una chaqueta mil rayas, y se distrajo con nuestros órdagos, que le produjeron alguna que otra carcajada.

Cuando al fin embarcamos, éramos, junto a la tripulación, los únicos occidentales del *Boeing*. El resto del pasaje acudía en peregrinación a la Meca, puede que después de muchos años, a juzgar por su numeroso equipaje de mano<sup>2</sup>. Las azafatas se esforzaban -en un inglés con divertido acento italiano- para que la gente guardara sus paquetes dentro del portaequipajes, mas nadie les hacía caso. Antes de despegar comenzamos a oler los aperitivos de aquella gente: curiosas galletas nevadas en especias y dulces repletos de miel y frutos secos. Hablamos entre los tres de los últimos enfrentamientos en Yeddah, ciudad que habíamos visto arder por la televisión.

Aunque resultaba emocionante aterrizar durante un bombardeo, todo fue muy distinto: al poco de conciliar el sueño, se prendieron las luces y la voz nasal del comandante anunció la llegada a la península arábiga. Rogó que todo el pasaje colocara en posición vertical sus asientos, plegara la mesilla y se atara el cinturón. Pero la gente se levantó para ordenar sus bultos, amarrados con cordeles y cinta adhesiva. Nadie prestaba atención a las indicaciones lumínicas, que parpadeaban. Las azafatas, que hacía poco nos habían ofrecido café y té con la mejor de sus sonrisas, no encontraban la manera de dominar aquella anarquía. Una de ellas, pelirroja, se abrió paso a lo largo del pasillo y llegó a la cabina de los pilotos. Inmediatamente sentimos crepitar la megafonía, pero quien hablaba ya no era el comandante, un distinguido milanés al que habíamos visto en el aeropuerto, sino un segundo que se dirigió al público en un idioma indescifrable, con tono de pocos amigos.

-Al menos, ha conseguido imponer un poco de orden -se felicitó Chema, quien tras un vaivén sobre las nubes acababa de recibir en las piernas la visita

---

<sup>1</sup> ) El viaje tuvo lugar en 1987. España acababa de incorporarse a la Unión Europea (Comunidad Económica Europea, en aquel entonces), y no era habitual que las tiendas tuviesen muchos productos de importación. Por ese motivo, me llamó tanto la atención el *dutty free* del aeropuerto romano.

<sup>2</sup> ) Los musulmanes, en cumplimiento piadoso, viajan en peregrinación a la Meca, al menos, una vez en su vida.

de un anciano con la cabeza cubierta por una *kafiah*<sup>3</sup> de cuadrados rojos y blancos.

Los pilotos desconectaron el aire acondicionado mientras los peregrinos desembarcaban en Yeddah.

-Será que están repostando el avión -razonó Javier, empapado en sudor.

-Eres demasiado bien pensado -me reí- Sospecho que se trata de un castigo.

Tuvimos un par de horas para caminar por aquella majestuosa construcción, en la que las ventanas estaban cubiertas por una filigrana de celosías ribeteadas en oro, y majestuosas columnas marmóreas despegaban desde el suelo para abrirse en cientos de brazos sobre la bóveda del techo. Los fieles hacían sus invocaciones sobre algunas alfombras persas, arrodillados hacia la Meca. En el otro extremo, fastuosas tiendas ofrecían los electrodomésticos más modernos, importados desde Hong-Kong.

Los nuevos pasajeros, peregrinos pobres, embarcaron junto a nosotros con destino a Etiopía. Sus rostros de ébano destacaban sobre los turbantes y las túnicas blancas. Esta vez, las azafatas ya no se molestaron en comprobar si el pasaje se había ajustado los cinturones. Nuevo despegue y otro aterrizaje, unas horas después, en Addis Abeba.

-¡África! -balbucí, muerto de cansancio.

El continente africano había sido el destino de mis sueños. De pequeño deseaba conocer sus cazaderos y viajar por los paisajes imposibles de las viejas películas de Tarzán, hasta el punto que tenía muy pensado cómo sería mi primer paso sobre África: despacioso, fijándome en el paisaje magnífico, atrapando de un solo vistazo su infinitud. Pero el aeropuerto de la capital de Etiopía no me permitió muchas grandilocuencias. Su estampa resultaba desoladora: nuestro avión, junto a otro de las líneas aéreas etíopes, era el único aparato de navegación civil. La pista estaba ocupada por bombarderos, como si el gobierno deseara mostrar al visitante la fuerza de su ejército<sup>4</sup>. Frente a semejante despliegue, la torre de control, sin embargo, no superaba en altura al único edificio de salidas y llegadas, un chamizo grisáceo parecido a una terminal provinciana de autobuses, derrumbado bajo un sol de justicia.

En el control de pasaportes, un soldado nos pidió a los viajeros con destino a Nairobi que pasásemos a una pequeña habitación. Él mismo nos entregó las tarjetas de embarque, revisó nuestro equipaje de mano y solicitó que nos acercáramos a las cabinas de registro antes de entrar en la zona

---

<sup>3</sup> ) *Kafiah*: tela cuadrículada y ribeteada en uno de sus bordes, con la que se cubren la cabeza algunos hombres musulmanes, sujetándola con una cinta negra alrededor del cráneo.

<sup>4</sup> ) En el momento que transcurre esta historia, Etiopía era aún una dictadura comunista y militar, satélite de la antigua Unión Soviética. Mientras el gobierno destinaba la mayor parte de sus arcas a armamento sofisticado, la población del sur (la más pobre del país) moría de hambre.

internacional del aeropuerto. Uno a uno, fuimos pasando dentro de aquellas misteriosas cortinillas, donde el mismo militar, tocado esta vez por una nueva gorra y una engreída voz de falsete, nos daba órdenes durante el cacheo.

-¡Qué mal huele! -comentó Chema cuando nos reunimos de nuevo.

Junto al rodapié había un polvo amarillo, veneno contra las ratas. Pero no era aquella la razón del hedor, sino el líquido verdoso de unas cubas, junto a una rudimentaria letrina.

Volando por fin hacia Nairobi, luchaba por mantener los ojos abiertos. Llevábamos más de veinte horas sin dormir de seguido, y quería que no se me escapara una sola de las primeras imágenes de África. Alguien me zarandeó el hombro; era Javier, que señalaba a lo lejos la cumbre nevada del monte Kenia, cuya selvática falda estaba tapizada por las nubes. De pronto el cielo se despejó y aquellas tierras aparecieron como una abandonada extensión de arcilla, salpicada por los manchurriones verdes de los matojos y las acacias.

Di una ligera cabezada, interrumpida por el aviso de las azafatas: llegábamos al aeropuerto internacional Jomo Keniata. Me asomé a la ventanilla. Se distinguían caminos rojizos a través de una rica foresta que deshizo la hierba amarilla de los alrededores de Nairobi.

Agotados, permitimos que los turistas vestidos de cazadores accidentales fueran los primeros en recoger su equipaje. Un hombre, oscuro como el carbón, lanzaba las maletas sobre una cinta mecánica. Llevábamos algunas cajas que nos había entregado el colegio como regalo para Strathmore. Con el fin de no sufrir otro contratiempo, las escondimos bajo nuestras bolsas de viaje.

-¿Algo que declarar? -nos preguntó un policía kikuyu.

-Nada, agente -respondió Chema en inglés.

-¿Podrían abrir las cajas?

-¿Qué cajas?

-Las que han ocultado -señaló nuestro carrito

-No contienen nada ilegal -insistió el mayor del grupo mientras el policía tiraba de una solapa de cartón.

Abrió el paquete y observó su contenido con extrañeza.

-¿Qué es esto?

-Parecen un crucifijo, unos candelabros y un sagrario -contesté.

No le convencieron mis palabras y llamó a un superior, que vestía un uniforme de jersey azul con cuello cerrado, roído en los codos, y un pantalón crema. Los dos policías intercambiaron unas palabras en *kiswahili*<sup>5</sup> al tiempo que nos lanzaban antipáticas miradas con sus ojos redondos y amarillos.

-¿Algún problema, agente? -un joven occidental se había apostado junto a los nativos-. Son amigos míos, y esas cajas son para un oratorio de Strathmore.

-¿Oratorio?

-Una capilla. Son objetos de culto..., para rezar -trató de hacerse entender-. Las esperamos desde hace meses.

---

<sup>5</sup>) *Kiswahili*: nombre común de la lengua oficial del país.

-Para rezar -murmuró uno de los policías con boba expresión al tiempo que cerraba las tapas de cartón-. Está bien, pasen, pasen -agitó la mano derecha al tiempo que buscaba un nuevo turista al que revisar el equipaje.

Aquel joven nos indicó que le siguiéramos con el carro de las maletas. Junto a él, como una efigie, sonreía un muchacho keniano.

-Bienvenidos. Me llamo Santiago Eguidazu -nos tendió la mano-. Este es Shanguya, que tiene el encargo de ocuparse de vosotros mientras estéis en Kenia. ¿Qué tal el viaje?

-Un poco largo -contestó Javier.

-Ni que lo digas. Habéis llegado con unas cuantas horas de retraso - consultó su reloj-. Pero no os quedéis parados -se dirigió a mí, pues tenía la mirada clavada en toda aquella gente de color: policías, empleados del aeropuerto y viajeros-. Anda, dame tu equipaje de mano y seguidme. Vamos al aparcamiento.

Santi era alto y delgado. Tenía una nariz grande, un poco torcida, que se le arrugaba al reír. Los ojos, negros y expresivos, nos observaban preguntones por el retrovisor de su furgoneta. Llevaba el pelo corto, peinado con raya a la izquierda.

Mientras nos deslizábamos por una carretera mal asfaltada, me observé de refilón la mano con la que había saludado a Shanguya. Tenía la estúpida sensación de que el color de su piel desteñía.

-Ya llegamos a Strathmore -anunció cuando enfilábamos una avenida de jacarandas en flor.

Javier y Chema se habían quedado dormidos...

...La entrada de Strathmore estaba flanqueada por una colección de alegres buganvillas que recorrían todas las tonalidades, desde el carmín al malva. Entre las losetas del empedrado que conducía hacia la puerta principal, asomaban manchurriones de aquella tierra arcillosa que lo espolvoreaba todo: asfalto, automóviles y edificios. A ambos lados del camino, la grama del jardín adquiría un verde tan intenso como el de los ropajes de las mujeres que paseaban por las veredas de Lavington o de las que se sentaban a la sombra de los árboles. Los milanos planeaban entre nubes algodonosas y realizaban juegos acrobáticos. Sobre la hierba picoteaban unos mirlos tornasolados, con ojos esmeralda.

El portalón de acceso al colegio parecía la fachada de un templo griego, reminiscencia de gusto colonial. Cuatro columnas dóricas sostenían un friso a dos aguas de sencillas líneas. Detrás estaban las aulas, la biblioteca, los campos de recreo y deporte para los alumnos y una residencia de estudiantes universitarios. Sobre los muretes asomaban los perfiles entecos de las acacias, cuyas ramas vuelan horizontales al suelo, como eficaces parasoles.

Era agosto, mes de vacaciones también para los escolares de Kenia, razón por la que el colegio de encontraba sin alumnos, aunque permanecían los residentes, así como las personas del Opus Dei<sup>6</sup> (africanos, ingleses, filipinos e indios) que atendían aquella labor<sup>7</sup>. Santiago era uno de ellos.

Shanguya nos llevó hasta nuestra habitación, un aula convertida en dormitorio: habían retirado los pupitres, llenándola de literas.

-Mañana esperamos a los chicos que os acompañarán durante la convivencia -explicó mientras abría las taquillas que nos servirían de armario.

-¿Chicos? -me extrañé-. ¿Acaso vienen más españoles?

-No, gracias a Dios -aquel kikuyu me observó con gesto divertido-. Son alumnos del colegio.

-¿No saben hablar inglés?

Volvió a reírse.

-Claro que hablan inglés, aunque entre ellos prefieran el swahili. Digamos que las clases de inglés son una rareza que esta vez hemos organizado en vuestro honor, ya que aquí tenemos por costumbre dedicar unas semanas de las vacaciones a un curso de verano, con otras actividades, por supuesto.

---

<sup>6</sup> ) El Opus Dei es una prelatura personal de la Iglesia católica. Fue fundado en Madrid por san Josemaría Escrivá de Balaguer el 2 de octubre de 1928. Promueve entre los fieles cristianos de toda condición, una vida plenamente coherente con la fe en medio del mundo, santificando las labores familiares y profesionales, para contribuir a la evangelización de todos los ambientes de la sociedad. Pertenecen al Opus Dei hombres y mujeres, solteros, casados y viudos, sacerdotes y laicos, jóvenes y ancianos, de las más diversas profesiones. Movidado por la urgencia de llevar el mensaje de Cristo a todos los hombres, san Josemaría alentó desde los comienzos la expansión de la Obra a todos los países del mundo. El Opus Dei llegó a Kenia en 1958. Fue el primer país de África en el que estuvo presente.

<sup>7</sup> ) Strathmore College fue el primer colegio interracial de Kenia, el primero que no puso condiciones de raza o de credo para admitir a sus alumnos. Hoy, además de enseñanza primaria y secundaria, ofrece un amplio elenco de estudios de formación profesional, así como diversas carreras universitarias.

-Entonces -intervino Chema-, nos ayudarán a conversar en el idioma de Shakespeare.

-Y no sólo eso -nuestros comentarios le causaban mucha gracia-. Iremos todos juntos de excursión a Amboseli, Samburu y Mombasa.

-Amboseli... -dije para mí, evocando mis deseos de niño-. Allí está el Kilimanjaro con sus nieves perpetuas. Mombasa... Esos nombres me hacen soñar. ¿Por qué no nos cuentas alguna aventura de los safaris?

-Ahora no -agitó sus manos de palmas claras antes de consultar el reloj-. Son las cinco y media, momento del té.

-Iremos contigo -contestamos los tres al unísono.

-Después de la merienda os enseñaré Strathmore. Por cierto, esta noche celebraremos el cumpleaños de Santi.

Las salamandras reptaban por las paredes del college y se escondían bajo los escudos y las lanzas que adornaban aquellos pasillos. Había una agradable temperatura, lejos de los calores atosigantes que imaginé. Apenas cambió el ambiente cuando salimos al patio de las acacias, desde donde contemplamos una luna amarillenta sobre el añil del cielo.

Shanguya nos llevó al oratorio. Los residentes tenían por costumbre, al salir de Strathmore, entrar en la capilla para saludar a Jesús Sacramentado.

-¿Y qué le decís?

-Le ofrecemos el día, con sus cosas buenas y sus dificultades -le explicó a Javier-, o le damos gracias después de volver de la universidad y le pedimos fuerzas para aguantar las horas de estudio.

Al igual que el africano, hicimos una genuflexión y permanecimos unos instantes de rodillas contemplando el lugar, que era grande, cuadriforme, con un alto techo sostenido por vigas de madera. Sobre el sagrario se abría un arco de piedras grises que cobijaba los iconos de la Virgen María y de San Juan, que custodiaban el tabernáculo dorado y un crucifijo policromado. A la derecha había unos ventanales que daban a un jardín de araucarias, unas coníferas de formas geométricas. A la izquierda estaban los confesonarios. Colgaba del techo un viejo timón de barco, que hacía funciones de lámpara, y a nuestra espalda se abría un balconcillo para el coro. En el primero de los bancos rezaba un chiquillo con los dedos entrecruzados, la boca abierta y los ojos clavados en el tabernáculo. Al darse cuenta de nuestra presencia se acurrucó, escondiendo la cabeza entre los hombros.

-Es Gakuru -susurró Shanguya-. Le veremos mañana junto al resto de los muchachos. Salgamos, para no molestarle.

Anduvimos por los jardines, conocimos la huerta de bananos y las manchas de eucalipto. Nos rodeaba la fronda selvática de Lavington, el barrio de Strathmore, donde despuntaba una iglesia que volteaba las campanas mientras las nubes se deshacían en mil tonalidades de naranja. Shanguya nos previno contra las cobras, que a veces se acurrucan bajo la hojarasca. También se refirió, en tono muy serio, a las noches de Nairobi.

-Si son peligrosas para los nativos, deben serlo para los *wazungu*<sup>8</sup> de Europa.

Al hablar, perfilado por el ocaso, adquiría la prestancia de un guerrero.

-¿De qué parte de Kenia has venido? -preguntó Javier, el muchacho rubio de la expedición.

-Soy kikuyu -resolvió su duda-. Mi familia vive en un poblado cerca de Limuru.

Le miramos con sorpresa.

-¿Todavía vivís en tribus?

-¿Te extraña? Chema me contó que él proviene de Segovia, al norte de Madrid.

-Bueno, he nacido allí, pero los segovianos no pertenecemos a ninguna tribu -puntualizó Chema Postigo ajustándose las gafas sobre el caballete de la nariz.

-Aquí las cosas son distintas. Somos africanos, hijos de esta tierra. Pero también pertenecemos a una tribu y a un clan. Nairobi es de las pocas ciudades en las que nos mezclamos con personas llegadas de todos los rincones del país, lo que a veces acarrea no pocos problemas.

El aire nos trajo el eco de un golpeteo metálico.

-Nos llaman a cenar.

Aquella noche, Santiago Eguidazu celebraba su treinta y dos aniversario. Habían engalanado el comedor con una decoración de tambores de piel y cuencos con frutas tropicales. Los residentes se interesaron por nosotros. Gracias a sus explicaciones, comenzamos a distinguir los rasgos que caracterizan a los distintos habitantes del país, desde la negrura azulona de aquel luo estudiante de Químicas, a la esbeltez achocolatada del masai con vocación de abogado o la piel elástica del kalenjín que había comenzado una ingeniería.

-Bienvenido a la que, desde hoy, es tu casa -me saludó un tal Wandera, un kikamba<sup>9</sup> aficionado a los números-. ¿Quieres cenar con nosotros?

Me estaba ofreciendo un sitio enfrente de Santi y al lado de un cura joven, embutido en una sotana blanca.

-Hello -se presentó-. Soy *father* Manuel, natural de Sevilla.

Reí la ocurrencia de su nombre anglosajonizado.

-Encantado. Yo soy Miguel Aranguren.

-Ese apellido es vasco -caviló-. Santi, aquí tienes un paisano.

Ambos proveníamos del mismo barrio, Las Arenas, en el municipio de Guecho. El director de la residencia me hizo relatarle los sucesos de los últimos cuatro años por aquellos lares vizcaínos, el tiempo que él llevaba en Kenia.

---

<sup>8</sup> ) *Wazungu*: hombres blancos.

<sup>9</sup> ) Kikuyu, meru, luo, masai, kalengin, kikamba..., son diferentes tribus de Kenia. Por su origen, los kikuyu, meru y luo tienen origen bantú. Los masai y turkana provienen de pueblos nilóticos.

Teníamos algunos conocidos en común. Se le encendieron los ojos al escuchar noticias de los Gamborri<sup>10</sup>.

-¿Qué sabes de Jaime? -preguntó con ilusión.

-Está muy enfermo -bajé la voz-. Ya sabes, la droga...

-¡Dios mío! Era un chico de corazón grande -chascó la lengua contra el paladar-. Cuando estudiábamos en la universidad, Las Arenas se había convertido en el pueblo rico de Vizcaya. Los que manejan la droga lo sabían, y acabaron con buena parte de mi generación. Si supieras la de amigos que cayeron en sus redes... Estaban llenos de vida, como yo, te lo aseguro, pero probaron y después no tuvieron fuerza de voluntad para decir que no. Cuántas familias quedaron maltrechas, cuántos futuros brillantes acabaron en cenizas... Luis, Peru, Manu, Antonio se convirtieron en sombras de sí mismos, y hasta robaban a su propia familia con tal de conseguir su dosis diaria. Recuerdo cuando Juanito me vino a buscar, llorando, para que le diese un poco de dinero -posó el tenedor en el plato.

-Por lo que cuentas, parece que Dios os había abandonado.

-¡No! -cambió la expresión de su rostro, recuperando la alegría-. Dios estaba entre nosotros, al igual que ahora.

-Quién lo diría, viendo a Jaime y a esa ristra de amigos a la que te acabas de referir.

-Aunque pueda resultarte un contrasentido, en esos tiempos comencé a saber que a mí me pedía algo.

-¿Qué Dios te pedía algo?

-Sí; la entrega de mi vida, nada menos. Y aquí estoy, Miguel, perdido en un costado de África, intentando darlo todo por esta locura.

-¿Qué locura?

-Strathmore. Y con el colegio, todos sus alumnos, los residentes y sus familias.

-Por casualidad, ¿a qué te dedicabas cuando vivías en España?

-Soy economista. Hace cuatro años vivía en Londres. Tenía un trabajo prometedor, muy bien pagado. Pero se necesitaban manos en Kenia para sacar adelante el Opus Dei.

-¿Te arrepientes de haber dejado la buena vida?

-¿Crees que esta vida es mala? No me cambio por nadie, aunque ya no tenga el brillo profesional que me prometieron los propietarios de aquella empresa. Soy feliz, inmensamente feliz.

Aproveché para ilustrarme sobre el nuevo continente, en el que apenas llevábamos unas horas. Le pregunté por los safaris, por la estación de lluvia y por la seca, así como por los chavales que al día siguiente se unirían al curso de verano.

-Enseguida os cautivará su forma de ser -comentó, apasionado-. Llevan la libertad en la sangre, una alegría difícil de contener, y se fascinarán ante vuestro mundo. No les decepcionéis.

---

<sup>10</sup> ) Los Gamborri y el resto de las personas nombradas en este pasaje llevan nombres ficticios, para preservar su intimidad.

*Father* Manuel nos interrumpió al cambiarnos el plato. Miró a Santiago con un guiño y llamó la atención de un indio inmenso<sup>11</sup>.

-Es Prof -musitó el cura a mi oído-. Ahora llamará a Lunga.

Unas espesas cejas, el pelo largo y un poblado bigote oscurecían el rostro de Prof, que se llevó las manos a la boca para emitir un prolongado alarido que me heló la sangre. Desde el fondo del comedor, acudió un muchacho, Lunga, que tomó uno de los tambores y se lo lanzó. Prof comenzó a golpear rítmicamente la piel del tambor, al tiempo que Lunga palmoteaba la superficie de las mesas. Aquel fascinante son se fue apoderando de cada comensal, hasta que el ruido ahogó un par de voces polifónicas que le deseaban a Santi, en swahili, todo tipo de parabienes.

-Aquí celebramos los cumpleaños de esta manera -gritó el cura- ¡Bienvenido a Kenia!

Al deshacer la maleta, intercambié impresiones con Javier y con Chema. Había sido un día muy largo. Aún teníamos frescas las escenas del aeropuerto de Barajas, de Yeddah, de Addis Abeba, como si aquel viaje fuera tan interminable como irreal.

-Creo que mañana me despertaré en mi habitación de Madrid.

Al día siguiente mediríamos nuestras vivencias con un puñado de africanos.

Cuando apagamos la luz, miré el cielo. Las nubes se habían tragado el fulgor de la luna, mas entre sus jirones se adivinaba una lluvia de estrellas. Sobre mi cama pendía un crucifijo, réplica del que habíamos visto en el oratorio de Strathmore. Me acordé entonces de las palabras de Santi, cuando me relató con breves trazos el itinerario de su vocación...

---

<sup>11</sup> ) En las antiguas colonias británicas hay una numerosa presencia de ciudadanos de origen indio. En el caso de Kenia, construyeron -en régimen de semi-esclavitud- la línea férrea que une Mombasa con Nairobi a principios del siglo XX. En aquella aventura, muchos de ellos fueron devorados por leones y otras fieras.

...Muy de mañana llegaron los compañeros de cuarto, seis africanos, todos ellos de nuestra edad, salvo Gakuru, el que el día anterior pareció cohibido en el oratorio ante nuestra presencia. Le recordé su temor, pero no se dio por aludido al ver cómo sus compañeros nos trataban con cordialidad. Tenía aquel muchacho un año menos que yo, pero parecía un párvulo, como si su crecimiento estuviese ralentizado. Era muy oscuro y llevaba la cabeza afeitada. Sus delgados y ágiles miembros me recordaron a los de un personaje de dibujos animados. Pronto nos dimos cuenta de que le gustaba bailar, algo propio de aquella gente, tan familiarizada con el ritmo. Con frecuencia encendía un transistor e iniciaba elásticos y sincronizados movimientos, sin mostrar vergüenza alguna de que Javier y yo le observáramos con asombro.

Fue Gakuru el que nos presentó a los muchachos de los otros cuartos. Le costó mucho pronunciar nuestros nombres. Durante las primeras semanas todos me llamaron *Mijel*.

-Prefiero Aranguren -dijo Wanjau-, pues suena como los topónimos de las tierras altas.

Wanjau llevaba sobre la nariz unas gafas enormes, lo que le confería un divertido aspecto. El color de su rostro no era uniforme; parecía estar embadurnado de tizón. Él y Gakuru resultaron inseparables: jaraneaban siempre que podían, reventando en risas los pasillos de Strathmore. Cualquier sucedido en el que estuviésemos implicados los españoles, era para ellos un festival. Les divertía comparar sus brazos morenos con los nuestros -decían que teníamos la piel descafeinada-, escondernos la almohada y la pasta de dientes, vestirse con nuestros jerseys y calzar nuestros zapatos, auténticas barcazas en sus pies huesudos. Pero lo que más les divertía era nombrarnos a la espalda para, acto seguido, asegurar no habernos llamado. Entonces comenzaban las carreras y los empujones, nuevos motivos para reír. Aquella risa febril y contagiosa nunca se borraba de su garganta, lo que nos animó a prescindir de nuestro carácter rudo y sumarnos a su alegría.

Gakuru decía sentirse interesado por nuestro idioma. A cambio de que me enseñara los rudimentos del swahili -inescrutable para mí, a pesar de sus esfuerzos-, le di alguna lección de español. El muchacho confundía las frases al saludar a Santiago por los corredores de Strathmore:

-Muchas *grasiasss*.

Si le hacíamos un favor, respondía:

-Hola, yo *mu* bien.

Y al darnos los buenos días, durante el desayuno:

-Buenas *nochesss*.

Wanjau recibió el encargo de despertarnos apenas asomaba el sol. Una mañana en la que me encontraba desvelado, le vi ponerse de rodillas nada más abandonar el calor de las sábanas. Permaneció de aquella guisa durante unos instantes, muy concentrado. Después se puso las gafas y comenzó a golpear los pies.

-Es la hora -decía.

Comencé a interesarme por la piedad de aquellos dos chicos. Cuando apagábamos la luz, cerca de la media noche, se arrodillaban al pie de sus camas con los ojos clavados en el crucifijo de la pared. Algunos de sus compañeros se burlaban de ellos, pero ni Gakuru ni Wanjau parecían turbarse. Una mañana, mientras aguardaba mi turno frente a la ducha, entró Wanjau con un peine entrelazado en el pelo.

-¿Para qué rezas antes de dormir? -le pregunté.

-¿Tú no lo haces? -se extrañó mientras arrugaba la nariz como un conejo, los ojos adormilados y la toalla colgada al cuello-. Le agradezco a Dios todo lo sucedido en el día que se acaba y le pido perdón por mis debilidades. Después, ruego a la Virgen por vosotros.

Me dejó sin habla.

-¿Y por las mañanas?

-Así que me has visto... Por las mañanas, con el frío y el sueño, le consagro a *Bikilamaria* todo lo que ocurra hasta la noche.

-¿*Biki*... qué?

-Es la madre de Jesús.

Le cedí mi turno. Mientras Wanjau canturreaba bajo el agua, me ceñí la toalla, apretándomela contra el pijama, y me acerqué a la ventana del cuarto de baño.

<<Amanece>>, pensé.

Los amaneceres de África me asombraban por la rapidez con la que sube el sol, como si fuese el corcho de una caña de pescar. Sus rayos bermellones acariciaban los campos de fútbol, salpicando de fuego a las nubes. Poco a poco se iba desvelando la espesa selva que rodea el colegio, aletargada entre vahos de niebla. El cielo se pintaba en tonos violeta. Una familia de flamencos buscaba las riberas del río Langata, rompiendo el sacro silencio con sus graznidos. Desde aquella ventana, durante la estación seca, el monte Kenia aparecía desdibujado ente los jirones de vapor que desprendían los árboles.

Muy temprano, *father* Manuel celebraba misa en el oratorio. Como la de nuestro segundo día fue votiva de difuntos, se revistió con una casulla negra. Aún leía con esfuerzo el inglés de aquellos libros sagrados, escapándosele de cuando en cuando un ceceo de aires andaluces. Los chavales de la convivencia ocupaban buena parte de los bancos. Nos llamó la atención el recogimiento con el que respondían cada plegaria. Pero al llegar la hora de la comunión, eran pocos los que se acercaban al altar. Una vez terminó la misa, aguardamos en el distribuidor a que el sacerdote abandonara la sacristía.

-¿Por qué comulgamos tan poca gente? -le abordó Chema-. Apenas he contado a Wanjau, Gakuru y un puñado de chicos.

-La mayoría no son católicos. Hay algunos cristianos, pero también muchachos de religiones animistas, musulmanes e, incluso, hindúes. Es curioso, nadie les obliga a asistir a la santa misa, pero habéis visto con qué interés se toman nuestra celebración.

-Sí, es muy curioso -remarcó Javier.

-Gracias a Strathmore, saben que Jesús baja de manera real al pan y al vino, y le rezan con una fe que me despierta sana envidia. Pero, aguardad un momento... -tomó a Chema Postigo del brazo y buscó a algún muchacho junto a la puerta del comedor-. ¡Donald! -gritó- Acércate, por favor.

Un chaval tocado por una visera llegó hasta nosotros.

-Ya conozco a los españoles, *father* Manuel.

-Lo sé. Pero quisiera que les hablaras de tus proyectos más inmediatos - le hizo un guiño.

Nos habló de la catequesis, a la que acudía dos veces por semana en una de las aulas del colegio.

-Si Dios quiere, el mes que viene seré bautizado en la catedral de Nairobi, junto con Geoffrey y su hermana.

-¿Tus padres son católicos?

-Aún no, pero sabían dónde me traían a estudiar. Es muy difícil sentirse ajeno a la fe de algunos de nuestros profesores y compañeros.

-Has dicho algunos... ¿Es que en Strathmore hay profesores que no son católicos?

-Por supuesto -intervino el cura-. Aquí respetamos la libertad religiosa<sup>12</sup>.

A partir de entonces, los españoles tomamos la costumbre de entrar en el oratorio para saludar a Jesús sacramentado cada vez que partíamos del colegio. A menudo coincidíamos con Donald y otros jóvenes, que reservaban unos minutos de la tarde para charlar con Dios. Aquellos muchachos dirigían el rezo del rosario mientras anochecía sobre los eucaliptos. De vez en cuando, Donald charlaba con Santi por las praderas. Se preparaba así para el día que cambiaría el sentido y la razón de su vida...

---

<sup>12</sup> ) Al calor del Opus Dei se acogen personas muy diversas: católicos, cristianos de otras confesiones, personas de distintas religiones y numerosos no creyentes que, sin embargo, tienen el deseo de participar y colaborar en las diversas iniciativas de la prelatura.